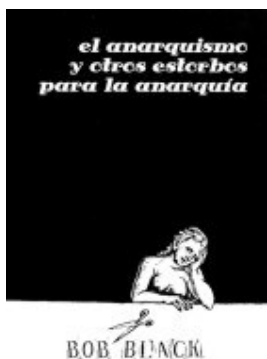


El anarquismo y otros estorbos para la anarquía

Bob Black

Traducción: Federico Corriente

Publicado en papel por Pepitas de Calabaza y Oxígeno (2003)



En la actualidad no hay necesidad alguna de elaborar nuevas definiciones del anarquismo -sería difícil mejorar las que idearon varios eminentes extranjeros muertos. Tampoco necesitamos detenernos en los conocidos anarquismos con guión, comunistas, individualistas y así sucesivamente; todo eso ya lo tocan los libros de texto. Viene más al caso preguntarse por qué hoy no estarnos más cerca de la anarquía de lo que estuvieron Godwin y Proudhon y Kropotkin y Goldman en su época. Son muchas las razones, pero las que más tendrían que dar que pensar son las que suscitan los propios anarquistas, puesto que de haber obstáculos que fuera posible retirar, serían éstos. Posible, pero no probable.

Tras años de meticuloso escrutinio del medio anarquista, y en ocasiones de angustiosa actividad en su seno, opino que los anarquistas son una de las principales razones -sospecho que razón suficiente- por las que la anarquía sigue siendo un epíteto sin la más remota posibilidad de realización. Francamente, la mayoría de anarquistas son incapaces de vivir de forma autónoma y cooperativa; muchos de ellos no tienen demasiadas luces. Tienden a examinar sus propios clásicos y literatura de iniciados en detrimento de un conocimiento más amplio del mundo en que vivimos. Esencialmente tímidos, se asocian con otros como ellos con el entendimiento tácito de que nadie mida las opiniones y acciones de ningún otro con arreglo a norma alguna de inteligencia crítico-práctica; que nadie se eleve excesivamente por encima del nivel predominante mediante sus proezas prácticas; y ante todo, que nadie cuestione los dogmas de la ideología anarquista.

El anarquismo como medio no es tanto un desafío al orden existente como una forma altamente especializada de acomodarse a él. Es una forma de vida, o su complemento, con su propia mezcolanza particular de recompensas y sacrificios. La pobreza es obligada, pero por eso mismo zanja de antemano la cuestión de si este o aquel anarquista podría haber sido otra cosa que un fracasado al margen de su ideología. La historia del anarquismo es una historia de derrotas y mártires sin parangón, y aún así los anarquistas veneran a sus antepasados martirizados con una devoción morbosa que hace sospechar que los anarquistas, como todo los demás, piensan que el mejor anarquista es el anarquista muerto. La revolución -derrotada- es gloriosa, pero su lugar son los libros y los panfletos. Durante este siglo -España en 1936 y Francia en 1968- la sublevación revolucionaria pilló desprevenidos a los anarquistas organizados oficiales y en un principio ajenos cuando no opuestos. No hay que ir muy lejos para hallar la razón. No se trata de que estos ideólogos fueran hipócritas (algunos lo eran). Se trata más bien de que habían elaborado una rutina cotidiana de militancia anarquista, y contaban inconscientemente con que ésta perduraría indefinidamente ya que realmente la revolución no es imaginable aquí y ahora y reaccionaron con temor y defensivamente cuando los acontecimientos desbordaron su retórica.

En otras palabras, si se les diese a elegir entre el anarquismo y la anarquía, la mayoría de anarquistas se inclinaría por la ideología y la subcultura anarquistas antes que emprender un peligroso salto hacia lo desconocido, hacia un mundo de libertad sin Estado. Pero puesto que los anarquistas son casi los únicos críticos declarados del Estado como tal, estas gentes temerosas de la libertad asumirían inevitablemente posiciones prominentes o al menos publicitadas en cualquier sublevación resueltamente antiestatal. Siendo ellos mismos del tipo de los seguidores, se encontrarían liderando una revolución que representaría para su estatus establecido una amenaza no menor que para el de políticos y propietarios. Conscientemente o de otras maneras, los anarquistas sabotearían la revolución, que sin ellos quizá hubiera acabado con el Estado sin detenerse siquiera para el reestreno de la vieja riña Marx/Bakunin.

A decir verdad, los anarquistas nominales no han hecho nada para desafiar al Estado, no ya con pomposos textos escasamente leídos e infestados de jerigonza, sino con el contagioso ejemplo de otra forma de relacionarse con los demás. Los anarquistas, a la vista de cómo manejan los asuntos del anarquismo, son la mejor refutación de las pretensiones anarquistas. Cierto, en Norteamérica, al

menos, las macrocefálicas «federaciones» de organizadores obreristas se han derrumbado entre el tedio, las disensiones, y menos mal, pero la estructura social informal del anarquismo sigue siendo jerárquica de cabo a rabo. Los anarquistas se someten plácidamente a lo que Bakunin denominó un «gobierno invisible», compuesta en su caso por los editores (de hecho si no nominalmente) de un puñado de las publicaciones anarquistas más importantes y más longevas.

Estas publicaciones, pese a diferencias ideológicas aparentemente profundas, comparten posturas paternalistas similares de cara a sus lectores, así como un pacto de caballeros para no permitir ataques que expongan sus incongruencias y socaven de otros modos su común interés de clase en la hegemonía sobre los anarquistas de a pie. Por extraño que parezca, resulta mucho más fácil criticar a Fifth Estate o Kick It Over en sus propias páginas que, pongamos por caso, criticar allí a Processed World. Cada organización tiene más en común con todas las demás que con cualquiera de los desorganizados. La crítica anarquista del Estado, si los anarquistas fueran capaces de comprenderla, no es más que un caso particular de la crítica de la organización. Y a cierto nivel, incluso las organizaciones anarquistas son conscientes de ello.

Los antianarquistas podrían muy bien sacar la conclusión de que si ha de haber jerarquía y coacción, que sea abiertamente, claramente etiquetada como tal. A diferencia de tales lumbreras (los «libertarios» de derechas, los minarquistas, por ejemplo), yo insisto tozudamente en mi oposición al Estado. Pero no porque, como tan irreflexivamente y tan a menudo proclaman los anarquistas, el Estado no sea «necesario». La gente ordinaria rechaza esta afirmación anarquista por absurda, y hace bien. Evidentemente, en una sociedad de clases industrializada como la nuestra, el Estado es necesario. La cuestión es que el Estado ha creado las condiciones que lo convierten en necesario, al despojar a los individuos y a las asociaciones voluntarias de sus poderes. Lo que resulta más fundamental, no es que las premisas del Estado (el trabajo, el moralismo, la tecnología industrial, las organizaciones jerárquicas) no sean necesarias sino que son antitéticas a la satisfacción de necesidades y deseos reales. Por desgracia, la mayoría de especies de anarquismo ratifica todas las permisivas y rechaza no obstante su conclusión lógica: el Estado.

Si no hubiera anarquistas, el Estado tendría que inventarlos. Sabemos que en varias ocasiones eso es precisamente lo que ha hecho. Necesitamos anarquistas libres del estorbo que supone el anarquismo. Entonces, y sólo entonces, podremos empezar a plantearnos seriamente el fomento de la anarquía.

(1985)